

La libertad pide escuchar la realidad sobre uno mismo, los demás y el mundo

Cope.es

Los valores se captan en la medida en que se aprende a objetivar intereses, a tener intereses más allá del mero interés por uno mismo, que no lleva a una vida lograda

Hay quien piensa que los jóvenes no escuchan porque no quieren, no les interesa complicarse la vida, van a lo suyo. Y no es verdad. Con frecuencia lo que pasa es que no saben, o no pueden, por lo que sea, escuchar. Quizá una voz les susurra por dentro que, a pesar de las dificultades, pueden. Y hay que decirles que escuchen esa voz, que no se dejen recortar sus alas demasiado pronto por el ambiente, que aspiren a todo lo que sean capaces, como los artistas.

Durante su encuentro con los profesores universitarios en la JMJ de Madrid, 2011, **Benedicto XVI** caracterizó así la tarea educativa: «*Un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor*» ([Discurso en San Lorenzo de El Escorial](#), 19-VIII-2011). Así es, porque educar no es ante todo "enseñar", sino "formar" no se trata solo de que el alumno aprenda, sino de que llegue a ser más o mejor persona.

Por eso el mero utilitarismo o el placer, hoy con frecuencia fusionados en la oferta "cultural", no dan respuesta al sentido de la vida. Se precisa una educación en los auténticos valores. Es lo que aborda **R. Spaemann** en uno de los capítulos de su libro [Ética: Cuestiones Fundamentales](#).

La captación de los valores

El filósofo alemán muestra primero qué son los valores: contenidos valiosos que captamos en la realidad, motivados por nuestros intereses. Ya el uso lingüístico diferencia entre "*alegría*" y "*placer*". Y en un caso problemático, nadie dudará de cuál de los dos es un "*bienestar*" más alto. Lo más valioso es aquello frente a lo cual se puede prescindir de otra cosa, incluso del placer (porque, decimos, "*vale la pena*"). Los valores se captan en la medida en que se aprende a objetivar intereses, a tener intereses más allá del mero interés por uno mismo, que no lleva a una vida lograda.

Dando un paso más, observa Spaemann que se captan en su relación u ordenación mutua: decimos que algo vale más que otra cosa. Una vez más hablamos de valores y no sólo de gustos, y una persona madura los distingue, sabe que vale más atender a un accidentado que pasar sin complicarse la vida. Acierta quien tiene formación.

La formación en los valores

Para formar en los valores, este profesor se fija en algunas condiciones interconectadas: fomentar el conocimiento de un "*orden objetivo*" que haga posible llegar a la armonía con uno mismo y con los demás; abrir a la jerarquía de los valores por encima de los simples "*gustos*"; comparar la diferencia que existe entre lo que es menos y lo que es más valioso, aunque esto segundo exija más atención y esfuerzo.

Finalmente, señala dos obstáculos para la captación de los valores: la apatía y la ceguera de la pasión. La apatía (la falta de pasión) hizo que **Esau** escogiera un plato de lentejas, a cambio de la herencia que le correspondía como primogénito de **Isaac**. Por otra parte, la pasión hizo que el rey **David** quedara seducido por la belleza de **Betsabé** hasta el punto de cometer un gran crimen.

Las pasiones orientan hacia los valores (como la belleza), pero al mismo tiempo desfiguran las proporciones en que deben ser contemplados; nos descubren valores, pero no su jerarquía. Y no vale como disculpa invocar la pasión, porque no somos animales.

Además, las pasiones son transitorias. Y cuando la ira, la compasión de un momento, o el enamoramiento (la fase primera del amor) desaparecen, todavía se requiere la prueba de la fidelidad, para hacer justicia a la realidad de las cosas y al valor de los compromisos. (De ahí la diferencia entre las pasiones y las virtudes que son ya los “hábitos buenos”). De otra manera, los enamorados estarían siempre abocados a la angustia de perder su amor. Si al ir madurando ese amor, saben que no ocurrirá, es porque *«el amor se ha apoderado de su libre querer, o porque su libre querer ha captado el amor»*.

Spaemann tiene toda la razón, pues educar es ayudar a comprometerse. Y esto exige formar para ser libres. A su vez, la libertad pide escuchar la realidad sobre uno mismo, los demás y el mundo.

Saber escuchar la realidad

En la película [Cielo de octubre](#) (J. Johnston, 1999), la profesora le da al desanimado Homer el consejo decisivo: *«No siempre está uno en condiciones de hacer caso de lo que le dicen. Tienes que escucharte a ti mismo»*. Para dar ese consejo, ella tuvo que escucharse antes a sí misma, para ser creativamente fiel a su tarea.

Educar es más que preparar a los alumnos (escolares o universitarios) para lo que suele entenderse como “triunfo” en la vida (con esa mentalidad, se puede llevar a la persona más seguramente hacia el fracaso de su vida y de su tarea en la sociedad).

Por eso, decía Benedicto XVI: *«Los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad»*.

Es cierto. Sólo así podrán preparar a sus alumnos para que extraigan todo el jugo del “Carpe diem”, haciendo caso a **Platón**: *«Busca la verdad –que para él estaba unida al bien y a la belleza– mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos»*.

Ramiro Pellitero. Universidad de Navarra